

De la casa paterna al CESFAM

Katherine Andrea Alvarado Muñoz

Profesional académico / gestión

kalvaradom@gmail.com

La memoria tiene la belleza de lo inconmensurable, está tejida con los múltiples y diversos colores del arcoíris visto desde todos los continentes, por el eco de las palabras enunciadas, tiene el aroma del mar y de los ríos, huele a tierra seca y mojada, a bosques y a ciudad, sabe agríndice y sus gradaciones, palpita en los corazones vivos con los muertos, respira el aire que trasgrede al tiempo. Su rostro tallado cada día se deja ver por quienes la sacan a luz del sol, de la luna y las estrellas, en días cálidos y fríos nos acerca a los orígenes. Hecha de barro es esculpida por los actores de las grandes y pequeñas novelas, por sus escudos y banderas.

Iban a transcurrir más de dos años después del golpe militar para mi propio milagro en el Hospital del Salvador y unos cuantos más, para que el continente de las experiencias, hechas recuerdos conscientes, echara a andar; mientras, el país vivía sus primeros años de la dictadura militar de Pinochet.

Para el golpe, mi madre iba camino hacia el Hospital del Salvador, allí trabajaba como auxiliar de nutrición en el pasillo de cirugía. Durante los primeros tres días transcurrido el parricidio, entre los trabajadores, que por miedo prefirieron no salir de las dependencias, estaban los dirigentes sindicales, huéspedes forzados intimidados por francotiradores, se anunciaron posibles allanamientos y se intentó mantener la calma. A pocos días de ya asentada la golpista administración, se escuchó: “Andrade fue detenido, la jefa lo denunció”. Cinco años de toque de queda... Mi padre estaba trabajando en el taller mecánico Rebalco Lda. en la calle Dublé Almeyda, a dos cuadras del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, ahora Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (mi primera casa de estudios). “El patrón nos mandó pa’ la casa, las calles estaban llenas de militares, llegué a ver las noticias para saber lo que pasaba”. Invade el miedo y la confusión.

La casa de mi abuela paterna, ubicada en la comuna de Quinta Normal, ahí donde viví mi infancia, fue la guarida para los vecinos durante las noches de cacerolas. Aquellos desconocidos llamaban mi atención. Había tensión, conversaciones de reprimida respiración agitada. El peligro era inminente y estaba al otro lado de la entrada del antejardín. Sabía que afuera estaban los milicos armados. En aquel entonces no lo podía entender porque no tenía aun estas palabras. Alguna vez, de la mano de mi tía, también corrí arrancando, escuchando el estruendo de los balazos; una bala impacta al vecino al lado de mí. Nuevamente al cobijo de la casa, el silencio cortado por el filo de las voces silenciadas. El miedo, que era ajeno a mí, se instalaba en mi cuerpo, quedando en el olvido durante los días de escuela, deberes y juego.

Ya en la década de los ochenta, una tarde junto a los primos, abrimos un saco con ropa y juguetes enviado desde Canadá; a mi hermana y a mí nos tocaron los boquitoquis amarillos. Nos entreteníamos coordinando la “remota” comunicación a través del “cambio y fuera”. Recreando un concurso de algún programa estelar de la televisión para hacer el aseo, jugábamos al “¿En cuántos minutos llega el avión?”.

Habíamos visto despegar aviones cuando varias veces nos dejaron ir al aeropuerto a despedir a alguno de mis abuelos cuando iba a visitar a su hijo mayor exiliado en Canadá. Días después del golpe lo habían ido a buscar a la casa de parrones e higuera de la abuela; desaparecido dos meses cuando, a través de una carta que pudo hacer llegar por medio de la Cruz Roja, dieron con él. Estaba en Tres Álamos, estuvo también en Puchuncaví y en Villa Grimaldi. Nada se mucho sobre su vida política ni sobre su vida en general. Soy una familiar que testimonia.

Hubo transcurrido cincuenta años después del golpe para adentrarme en aquel recorte brutal de las vidas (en parte) detenidas, torturadas y en sus heridas. Con el gran aliado del camino ya trazado, la memoria hace lo suyo y me apertura una posibilidad de estar cerca. Actualmente, en el sector que abarca desde San Antonio y el litoral central, residen más de ocho mil usuarios del Programa de Reparación y Atención Integral en Salud y Derechos Humanos (PRAIS), programa del Ministerio de salud que asume el compromiso de Reparación por parte del Estado Chileno con los y las que fueron víctimas de violaciones a los Derechos Humanos ocurridas durante la dictadura, su propósito, como dice en la *web*, es: “aminorar los impactos del daño en la salud a las víctimas y sobrevivientes directos como a todas aquellas personas con secuelas generadas por el daño transgeneracional” ocasionado por el horror de tales violaciones.

La primera vez que vi a quienes conforman la directiva del PRAIS de esta zona costera, ahora amigos, compartimos una apetitosa once, el té olía y sabía intenso, distintivo, cargada su aromática hoja. Reunidos alrededor de una mesa al interior del patio de una acogedora casa un gato rondaba por entremedio de las plantas. Estábamos Paty, Nicolás, Ernesto, Henríque, Miguel Ángel, Manuel, una amiga y yo, nos presentamos y me convertí en mi vista, olfato, gusto, oído y piel.

Los encuentros que hemos sostenido una vez a la semana en el segundo piso del CESFAM de la comuna de El Tabo son de conversaciones acompañadas de profunda respiración y presencia. Las palabras y la textura de sus voces importan, agrídulces y sus matices, entereza y asomada fragilidad. Quisiera que hubiera más testigos de aquellos relatos cuidadosos, de no abrir las heridas de esos sueños en edad tierna y sus motivos de infancia, tal vez así, algunos síntomas se irían; el vértigo producto de los golpes, las intervenciones quirúrgicas al corazón que fue entristecido, y muchos más... Si el arte nace de la herida, esta debe acariciarse en vez de violentarse.

Me anima y esperanza esta compañía, mi saludo es para ustedes PRAIS (como se nombran), mi respeto, mi admiración y mi cariño.